

DE JUAN MALTIEMPO A CIPRIANO ALGOR. TRES O CUATRO PINCELADAS SOBRE LOS PERSONAJES SARAMAGUIANOS

MIGUEL ALBERTO KOLEFF

El autor prefiere dar tres o cuatro pinceladas como tres o cuatro puntos cardinales, pero nada de describir metódica y minuciosamente rostros, alturas, figuras, gestos... el autor prefiere que sea el lector quien asuma esa tarea y esa responsabilidad (SARAMAGO, 2013, p. 82)

I

¿Y esta otra gente quién es, suelta y menuda, que ha venido con la tierra, aunque no registrada en la escritura, almas muertas o todavía vivas? (SARAMAGO, 2000, p. 14)

En la conferencia “La estatua y la piedra” pronunciada en Turín cuando corría el año 1997, José Saramago señalaba que su preocupación en ese momento o probablemente desde siempre, era considerar al ser humano como prioridad absoluta: “el ser humano es la materia de mi trabajo, mi cotidiana obsesión, la íntima preocupación del ciudadano que soy y que escribe” (SARAMAGO, 2013, p. 90). Obsérvese que la expresión utilizada alude –entre otras cosas- a los personajes que

pueblan su mundo ficcional ya que son ellos los que componen la materia de trabajo a la que quiere dotar de trazos de humanidad. Algo parecido expresa en la recepción del Premio Nobel, cuando ve desfilar ante sus ojos “esos hombres y esas mujeres hechos de papel y tinta... que iba guiando de acuerdo con [SUS] conveniencias de narrador y obedeciendo a [SU] voluntad de autor” (SARAMAGO, 2008, p. 9). Los percibe hechos de papel y tinta pero los identifica hombres y mujeres, como los de carne y hueso que todos conocemos.

Atendiendo a estas inflexiones teóricas del propio Saramago, me permito referir a João Mautempo y Cipriano Algor como sujetos de la escritura y hacerlos parte de la hipótesis que conduce mi reflexión, la de una continuidad y un espejamiento que surge de la experiencia de humillación y destrato con la que son contruidos. Cada una de las novelas –por su lado- aglutina los intereses más fecundos del autor en relación con la crítica ideológica en la que quiere apoyarse; esto es, su posicionamiento frente al capitalismo territorial y latifundista, en *Levantado do chão* (1980); y contra el capitalismo global e hipercultural, en *A caverna* (2000). Los dos protagonistas se aúnan a partir de características comunes: son trabajadores rústicos que viven en familia y que tienen lazos generacionales de larga procedencia; viven lejos de los centros urbanos que manejan el poder, frente al cual se sienten minúsculos; tienen escasa formación escolar pero – aun así – instituyen el discipulado; dicen lo que piensan, son íntegros y de convicciones firmes, respetados por los demás. En las páginas finales rozan la misma franja etaria y ven cercana la descendencia a través de los nietos.

Las diferencias entre ellos son más de corte argumental ya que – al margen de sus oficios (uno es labrador y el otro artesano) – están dadas por los enunciados del propio escritor que los sitúa en dos instancias distintas de su producción, esa que va de la estatua descrita desde fuera hasta el interior de la piedra. Ahora bien, si le creemos a Saramago cuando confiesa que en los últimos años ha penetrado “más profundamente en la piedra oscura del ser de lo que hasta entonces había sido capaz” (2013, p. 93) podemos enaltecer a Cipriano Algor por sobre João Mautempo por el ahondamiento en su subjetividad y su plenitud existencial, lo que no es óbice – sin embargo – para desatender la arquitectura de composición que ennoblece a ambos personajes como trabajadores y agentes políticos de transformación, que es lo que me propongo explicitar en estas páginas. Efectivamente, en mi lectura, Cipriano Algor reescribe a João Mautempo y lo hace en un momento de nuestra contemporaneidad en que el sistema capitalista requiere menos de masas compactas que se le enfrenten que de gestos individuales que lo desautoricen y deslegitimen. “El trabajo que se hace soñando no deja obra hecha, dijo Marta, Exactamente como en la vida despierta, trabajas, trabajas y trabajas, y un día despiertas de ese sueño o de esa pesadilla y te dicen que lo que has hecho no sirve

para nada, Sí sirve, sí, padre, Es como si no hubiese servido” (SARAMAGO, 2000, p. 53).

II

El diablo no existe, no hace tratos, eso de jurar y prometer es hablar en vano, lo que no consigue el trabajo no lo consigue nada,
(SARAMAGO, 2000, p. 370)

Al comienzo de la Tesis 12 de Filosofía de la Historia, Walter Benjamin hace una afirmación contundente: “el sujeto del conocimiento histórico es la clase oprimida misma, cuando combate” (2009, p. 25). El acento de esa frase no está puesto en el grupo social pre-formateado de pobres o humillados que puedan constituirlo sino en la acción que estos emprenden, el gesto que ponen en marcha para modificar las circunstancias ya que sólo en la medida en que luchan, son capaces de ingresar a la historia con el potencial de conocimiento que los habilita para tomar la palabra. El dato no es menor –por cierto – ya que sabemos que esta tesis como el conjunto de las que forma parte, rastrea “el conocimiento incomparable que puede alcanzar un sujeto que reflexiona sobre su experiencia de opresión” al decir de Reyes Mate (2009, p. 208). Justamente, es este mismo filósofo español el que señala que – de acuerdo con la lógica de ese escrito – los que sufren son sujetos de la historia porque “son los que pueden conocer mejor la gravedad de la situación y están, por lo tanto, en mejor disposición para buscar remedio” (p. 208).

Ninguno de los conceptos aquí vehiculizados nos es indiferente. Ni la opresión, ni el sufrimiento ni la solidaridad que ayuda a crear una resistencia contra la afrenta, menos aun cuando lo que nos interesa es reflexionar sobre estos dos personajes creados por José Saramago. Ellos son la carne viva de ese pueblo que padece el desprecio del poder (los “dueños del hacha”¹, para decirlo con una metáfora cara al autor) pero que no cesa en reclamar por los derechos que les son negados ya que están investidos de esa inspiración, la de convertirse en sujetos del conocimiento histórico y orientar la mirada hacia ese clamor de justicia siempre confiscado².

Si – como afirma Rancière – en la palabra “proletario” se lee al agente político y “se revisa la distancia que media entre una condición social y una forma de subjetivación” (2011, p. 222) podemos ecuacionar la dialéctica que soporta el hecho de pensarlos como políticos a partir de su naturaleza de trabajadores porque esta cualidad es la razón de ser que los pone en escena.

No hace falta hacer una revisión exhaustiva de las novelas *Levantado do chão* y *A caverna* para entender este punto de partida. Se trata de ficciones que involucran a personajes que ponen el cuerpo al servicio de las condiciones de producción necesarias para su existencia y que – de un momento a otro – se sienten amenazados por la maquinaria política que los hace prescindentes. João Mautempo es un operario brazal ocupado de las cosechas en las fincas vecinas de Monte Lavre al servicio del latifundio. Y Cipriano Algor, un proveedor de piezas de cerámica de un Centro Comercial que se extiende en forma desproporcionada hasta absorber – incluso – la pacata aldea donde vive con su familia. Aunque es evidente que sin prestarle sus brazos a la siega y sus manos a la arcilla, ninguno de los dos podría mantenerse vivo, les toca sortear este destino.

Estos hombres y estas mujeres nacieron para trabajar, son ganado entero o ganado rajado, salen o los sacan de las barrigas de sus madres, los ponen a crecer de cualquier manera, es igual, lo necesario es que acaben teniendo fuerza y destreza de manos, aunque sea para un gesto solo, qué importancia tiene si al cabo de pocos años están pesados y yertos, son troncos ambulantes que cuando llegan al trabajo se sacuden a sí mismos y de la rigidez del cuerpo hacen salir dos brazos y dos piernas que van y vienen, aquí se ve hasta qué punto llegaron las bondades y las competencias del Creador, obrando tan perfectos instrumentos de cava y siega, de monda y serventía general (SARAMAGO, 2000, p. 392).

Al inicio de las narrativas ambos tienen trabajo y – de alguna manera – asegurada la sobrevivencia. Sin embargo, esta situación muda de repente cuando este comienza a faltar y se hace imperioso sostenerlo en condiciones dignas³. En un caso, persiguiéndolo ostensivamente y en el otro, con la convicción de su final irreversible.

No es justo, Justa, lo que me han hecho, se han reído de mi trabajo y del trabajo de nuestra hija, dicen que las vajillas de barro han dejado de interesar, que ya nadie las quiere, por lo tanto también nosotros hemos dejado de ser necesarios, somos una fuente rajada con la que ya no vale la pena perder tiempo poniéndole lañas, tú tuviste más suerte mientras vivías (SARAMAGO, 2000, p. 56)

Vemos así que, en dos tiempos históricos diferentes, con coordenadas, planteos e ideologías en pugna bien diferentes también, estos personajes se espejan

y se reescriben porque nacen de una misma impostura y de un mismo imperativo ético, el de sobrevivir entero. Por eso, más que subrayar el ejercicio laboral in situ con sus características particulares, lo que vemos es que escasea el trabajo que los define [“Yo quiero trabajar y no tengo dónde” (SARAMAGO, 2000, p. 428)] y que lo que antes era, puede dejar de ser en cualquier momento [“Ya han empezado los gritos, Queremos trabajo, queremos trabajo, queremos trabajo, no dicen mucho más que esto” (p.375)]. Como queda expuesto, ser trabajador es una posibilidad y una potencia más que un hecho consumado. He aquí la primera pincelada sobre estos personajes.

III

Pues quedará la mies en pie, que nosotros no vamos por menos (SARAMAGO, 2000, p. 166)

No podemos perder de vista estos considerandos porque estaríamos eludiendo una alternativa importante, la de verlos como sujetos paridos por la política a causa de la adversidad a la que se enfrentan. Esto significa reconocer que su pasaje a la acción práctica deviene de una comprensión genuina de la experiencia de exclusión.

[Cipriano Algor] se preguntaba si valdría la pena seguir aquí pasando esta vergüenza, siendo tratado como un lelo, un don nadie, y para colmo tener que reconocer que la razón está del lado de ellos, que para el Centro no tienen importancia unos toscos platos de barro vidriado o unos ridículos muñecos imitando enfermeras, esquimales y asirios con barba, ninguna importancia, nada, cero, Esto es lo que somos para ellos, cero (SARAMAGO, 2000, p. 129)

Ahora bien, no se trata de un paso a lo real sino de “la puesta en cuestión del monopolio de lo real construido por los aparatos de poder dominantes” (RANCIÈRE, 2011, p.277). Es decir, el despertar de la conciencia respecto de siglos de humillación que se ciernen sobre los mismos cuerpos. Los presupuestos iniciales de cada novela coadyuvan a estos efectos: la situación del campo antes de la reforma agraria, esto es, la vigencia de un régimen feudal a la vieja usanza, en *Levantado*; y el proceso expansivo y globalizador de un mercado que cotiza bienes y personas como parte de una lógica financiera sin escalas, en *A caverna*. Debemos dejar en claro que ni João Mautempo ni Cipriano Algor estarían interesados en cuestionar el sistema si

la desigualdad con la que se miden no los hubiera atravesado desde la raíz ya que su horizonte aspiracional se escande de los engranajes del poder.

Nos cansamos de trabajar noche y día cuando hay trabajo, y no aliviarnos nuestro castigo de vida hambrienta, cavo un pedazo de tierra cuando me lo dejan cultivar, y hasta altas horas, y ahora estamos todos en paro, lo que quisiera saber es por qué las cosas son así y si van a seguir siendo así hasta que nos muramos todos, no hay justicia si unos lo tienen todo y otros nada, y sólo quería decir que los camaradas pueden contar conmigo, sólo esto y nada más (SARAMAGO, 2000, p. 256)

Es ésta la segunda pincelada que nos ofrece el autor. Rancière entiende que “la política empieza con la existencia de sujetos que no son ‘nada’, que son un exceso respecto al recuento de partes de la población” (2011, p. 74) y agrega que “hay política porque quienes no tienen derecho a ser contados como seres parlantes se hacen contar entre éstos e instituyen una comunidad por el hecho de poner en común la distorsión, que no es otra cosa que el enfrentamiento mismo, la contradicción de dos mundos alojados en uno solo: el mundo en que son y aquel en que no son, el mundo donde hay algo ‘entre’ ellos y quienes no los conocen como seres parlantes y contabilizables; y el mundo donde no hay nada” (2010, p. 42). “Yo no vengo por las ocho horas y los cuarenta escudos, vengo porque hay que hacer algo para que no sigamos viviendo así, humillados, porque una vida así no es justa” (SARAMAGO, 2000, p. 403).

El filósofo argelino pone el acento en este aspecto porque no olvida la prescripción que pesa en la república platónica sobre los campesinos y alfareros que están compelidos a concentrarse en su trabajo y dejar el terreno de la política a los que disponen del tiempo necesario para dedicarse a esa actividad. Se trata de un viejo axioma repetido a ultranza hasta el día de hoy, ese “que encomienda a los dominados a quedarse en su lugar ya que es el único que corresponde a su manera de ser, y a seguir siendo fieles a esta manera de ser, pues es la única adecuada para el lugar que ocupan” (2002, p. 14).

Esta tesitura es incuestionable en la versión saramaguiana del trabajo representada por los personajes aquí convocados que hacen lo posible para derrocarla. Es más fácil de observar en João Mautempo, que es un verdadero líder gremial que en Cipriano Algor, cuya lucha es interior y solitaria. “Unámonos todos para exigir nuestro salario, porque ya va siendo hora de que tengamos voz para decir cuál es el valor de nuestro trabajo, no pueden ser siempre los amos los que decidan lo que nos van a pagar” (SARAMAGO, 2000, p. 170).

Pero, no por eso menor, ya que su actitud política consiste en desafiar con las pocas fuerzas que le quedan los imperativos de un orden que lo vulnera y que no quiere aceptar tácitamente [“no podemos seguir aquí parados a la espera de que el mundo se nos caiga encima, Sobre mí ya se ha caído, Todo lo que caiga sobre usted cae sobre mí, ayúdeme que yo le ayudaré” (SARAMAGO, 2000, p. 89)]. Probablemente por la inspiración que ofrece a los que lo rodean es que su gesto gana seguidores que se suman a su causa, tal como queda demostrado en los momentos finales en que Marta y Marçal avalan su partida del Centro e incluso, la imitan. Esta es la tercera pincelada digna de destacar, en la que se observa ya una clara continuidad de intenciones entre los personajes confrontados.

IV

no soportaría vivir allí dentro el resto de su vida... sin más mañana que la hija que cree traer dentro de sí (SARAMAGO, 2000, p. 370)

El epígrafe corresponde al capítulo 18 de *A caverna* y hace referencia a esa seguridad materna que experimenta Marta Algor al creer estar embarazada de una niña y no de un varón. Traigo esta novedad a colación porque Cipriano va a ser abuelo como abuelo fue también João Mautempo al final de su vida y también de una niña que se transformó en una joven impetuosa, capaz de ponerse al lado de esas otras mujeres saramaguianas de entereza sin igual. Y lo hago de manera consciente porque me interesa cerrar esta exposición recuperando una vez más la tesis XII⁴ de filosofía de la historia de Walter Benjamin que en su última línea contrapone la imagen de los antepasados esclavizados al ideal de los descendientes liberados invirtiendo esa relación lógico-temporal. No se trata de aceptar resignadamente la felicidad de los nietos si los abuelos sufrieron el vejamen y la humillación porque la memoria no se sostiene con compensaciones fraudulentas. “Para lograr la felicidad de las generaciones futuras – sostiene Reyes Mate en un comentario acotado al caso – hay que decir basta ya a las injusticias presentes y para eso hay que sentir vitalmente la indignación ante la injusticia pasada” (p. 208). La nieta de Algor todavía no ha nacido como para entenderlo pero María Adelaide, la hija de Manuel Espada, ya crecida al final del libro, lo sabe con certeza y honra esa misión que le ha tocado: “Ahora mismo estaba María Adelaide clavada en su asiento, parecía mareada, y de repente la encontramos en la plaza, fue la primera en salir” (SARAMAGO, 2000, p. 423). Esta es la cuarta pincelada que nos ofrece el autor.

Hay una disimetría al final de los dos libros en relación con la esperanza y probablemente esté aquí una de las reelaboraciones más importantes del pensamiento saramaguiano que se evidencia al poner frente a frente a estos dos

personajes que estoy analizando en relación la metáfora de la estatua y la piedra. La gesta heroica de la primera novela con ese final estruendoso en que comparecen vivos y muertos en la toma de las fincas⁵ es un guiño sobre la posibilidad de una luz al final del camino pero se vuelve incertidumbre en el último capítulo de *A caverna*, cuando se advierte con claridad que –como decía Benjamin- el enemigo no ha dejado de vencer. Por esta razón el desafío al que se expone Cipriano Algor es más temerario que el del labriego João Mautempo porque ese enemigo está oculto, no se deja ver. Es que ha cambiado la imagen de poder, de territorio, de dominación; se ha globalizado el pensamiento y se ha difuminado la percepción de las coordenadas ideológicas. No olvidemos que el sentido de la historia que “hace 30 años conducía a la revolución mundial, actualmente conduce al triunfo del mercado” (RANCIÈRE, 2011, p. 266). “Decidiréis vuestra vida, yo ya he decidido la mía, no voy a quedarme el resto de mis días atado a un banco de piedra y mirando una pared” (SARAMAGO, 2000, p. 437).

Esa misma asimetría converge en la experiencia de lectura. Nos gustaría ver a Cipriano Algor salir airoso de esa encrucijada en que lo metió el Centro con su sed de expansión desmedida pero no es de eso de lo que se trata este cuento de hadas dialéctico (Aludo a mi investigación plasmada en el libro *La Caverna de José Saramago: una imagen dialéctica*, [EDUCC, 2013]). Saramago no propone soluciones mágicas; sólo alerta sobre las condiciones necesarias para hacerle frente a un mundo cada vez más adverso y menos humano y éstas se condensan exclusivamente en la resistencia, en la capacidad de decir no a la injusticia y a la desigualdad que hoy atestan credencial de legitimidad. Queda claro entonces que, es en el mundo del trabajo y de la política, en donde pueden encontrarse estos atisbos de contrapoder que revelamos en estas breves pinceladas. Por esta razón, una lectura que le haga honor a estos personajes, ayuda a pensar en esa dirección. Como advierte su propio creador: “Quien en todo esto no encuentre novedades necesita que le arranquen las escamas de los ojos o que le abran un agujero en la oreja, si es que no lo tiene ya y sólo ve en las orejas de los otros” (SARAMAGO, 2000, p. 352).

Notas

¹ “Todos regresan tristes a Monte Lavre, como si les hubiesen arrebatado otra cosa más valiosa, quién sabe si el brío, no es que lo hubieran perdido, pero hay aquí, sin duda, una ofensa cualquiera, los trataron con desprecio” (SARAMAGO, 2000, p. 130).

² “Si nos interrogan, la respuesta siempre la misma, sólo queríamos ganar lo que creemos que es justo” (SARAMAGO, 2000, p. 177).

³ “Lo que siempre han querido ellos es rebajar nuestra dignidad, y, oyéndolo, todos entienden lo que dice, ellos son la guardia, la pide, es el latifundio y su dueño Alberto o

Dagoberto, el dragón y el capitán, el hambre y el hueso roto, el ansia y la quebradura, han querido humillar nuestra dignidad, pero esto no ha de seguir así, tiene que acabarse” (SARAMAGO, 2000, p. 401).

⁴ “la clase obrera desaprendió en esa escuela tanto el odio cuanto la voluntad de sacrificio. Una y otra se nutren, en efecto de la imagen de los abuelos esclavizados, no del ideal de los nietos liberados” (REYS MATE, 2009, p. 197).

⁵ “Y entonces en un sitio cualquiera del latifundio, la historia se acordará de decir cuál, los trabajadores ocuparon una finca. Para tener trabajo, nada más, que se cubra de lepra mi mano derecha si no es verdad” (SARAMAGO, 2000, p. 433)

Referencias

- BENJAMIN, Walter. *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Trad. B. Echeverría. Rosario: Prohistoria, 2009.
- KOLEFF, Miguel Alberto. *La caverna de José Saramago: una imagen dialéctica*. Córdoba: EDUCC, 2013.
- RANCIÈRE, Jacques. *El desacuerdo. Política y Filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2010.
- RANCIÈRE, Jacques. *El filósofo y sus pobres*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento, 2002.
- REYS MATE, M. *Medianoche en la historia*. Comentarios a las tesis de Walter Benjamin. “Sobre el concepto de historia”. Madrid: Trotta, 2009.
- SARAMAGO, José. “De como el personaje fue maestro y el autor su aprendiz”. In: KOLEFF, Miguel Alberto. *Diccionario de personajes saramaguianos*. Córdoba: Fundación Santillana.
- SARAMAGO, José. *A caverna*. São Paulo: Companhia das Letras, 2000.
- SARAMAGO, José. *A estátua e a pedra*. Lisboa: Fundação José Saramago, 2013.
- SARAMAGO, José. *La caverna*. Buenos Aires: Alfaguara, 2000.
- SARAMAGO, José. *Levantado del suelo*. Buenos Aires: Alfaguara, 2000.
- SARAMAGO, José. *Levantado do chão*. Lisboa: Caminho, 1980.